

¡Una Estatua!

En días pasados leí en unos periódicos que los puntarenenses, una vez terminado el Ferrocarril al Pacífico, van á erigir una estatua al actual gobernador.

A este respecto es distinto mi parecer—hablo en singular porque expongo simplemente mi modo de pensar—pues no soy de los que creen que es el mármol ó el bronce lo que inmortaliza á un hombre: son sus acciones buenas ó malas las que se graban en el corazón del pueblo. Además, la historia siempre se encarga de ceñir laureles ó fustigar espaldas. Dejemos á ella, por lo tanto, su misión.

Ignoro si en otras naciones se levantan estatuas al Presidente que termina una vía férrea, pero el sentido común me dice que nó. Si esto fuera así ¿cuántas estatuas habría en Estados Unidos donde por excelencia hay vías férreas á granel?

Nuestro pueblo es demasiado pródigo en otorgar honores. *Estas adulaciones pervierten á los hombres. No hay que vanagloriar al que cumple con su deber.*

Ahora se me ocurre dar una idea á los puntarenenses para que hagan justicia: si al que se toma el trabajo de terminar el ferrocarril se le erige una estatua, justo, muy justo me parece que al pueblo *que es quien paga la obra* se le erija otra. Trasladamos la idea á los puntarenenses.

Con las estatuas va á pasar lo que con los grados militares que se reparten á *cornelazos*.

Para terminar, creo que este proyecto fracase al considerar que se va á herir la *modestia reconocida* de nuestro Presidente, agena á estas ostentaciones.

OCTAVIO MONTERO

Recuerdos de

Teodoro Quirós. --YOYO

Amores precoces

Ahora se ama prematuramente: en esto hemos progresado mucho.

A la edad dichosa en que nuestros buenos papás pensaban solamente en juegos infantiles y en las lecciones del maestro, los chicos de hoy hacen el oso como cualquier tenorio distinguido y las niñas de traje corto aprenden á *jalar* con más remilgos, dengues y perendengues que una señorita casadera.

Esto, á primera vista, parece juego

inocente de chiquillos y que muchos padres de familia toleran sin darle ninguna importancia, es, siembargo, una costumbre no sólo ridícula sino perjudicial, sobre todo para las niñas.

Jovencitas se ven que no habiendo salido de las aulas del 4º grado ya han oído declaraciones de amor dirigidas por algún don Juan de 12 años no cumplidos.

Y qué resulta de ahí? Que cuando llega para ellas la edad de pensar seriamente en el marido ideal, si no son coquetas volubles de las que dan opio á dos ó tres pretendientes á la vez, han perdido parte del aroma de la inocencia que tanto encanto da á las mujeres.

En los hombres es distinta la influencia de estos amores prematuros. Aprenden á considerar el amor como un pasatiempo agradable y cuando llegan á mozos aumentan el número de los cortejadores de oficio, maestros en gaiteos y cursis en los salones.

Digan ustedes si no es para morir-se de risa escuchar un diálogo entre Romeos de 13 años y Juliets de 10 á 12 que se dicen ternezas, que tienen celos y que se juran amor del mismo modo que las personas de tamaño natural.

Dirá, por ejemplo, una señorita de las que duermen todavía en *saco* al hombre de sus amores que gasta aún pantalones cortos:

—Usted me quiere, Chalo?

—Sí, Trini. Y usted á mí?

—Ay!... Mucho!

—Qué dicha!

—Qué embeleso!

—Yo sería completamente feliz si papá no me pegara tan á menudo.

—Es que usted es muy desobediente, Chalo.

—Y usted muy corronga, Trini.

—Jesús!... Tan burlisto! (haciendo un *respingue* y poniéndose colorada).

Así es como se forman, poco á poco las mujeres coquetas y engreídas.

Conviene, pues, hacer comprender á esas niñas que á su edad sólo deben querer á sus padres, á sus hermanos y... á sus muñecas; aprender sus lecciones, dedicarse á la costura y adquirir por lo menos buena letra y buena ortografía para cuando sea tiempo de escribir billetes á sus novios—con la correspondiente licencia paterna.—

Los mocitos que andan sigviendo á las colegialas merecen cuando menos que les den una *pela* para que no sean haraganes. Que dediquen más tiempo á sus estudios y menos á devaneos que provocan á risa.

Vayan en buena hora á saborear frutas de cercado ajeno y á recrearse

en sus horas de ocio en algún remanso del Torres, pero dejen tranquilas á esas niñas que todavía no tienen el corazón formado para el amor.

De lo contrario, cualquier día de la semana veremos en los periódicos un suelto de gacetilla como éste:

"Anoche, entre once y doce, una señorita de la buena sociedad, y alumna del tercer grado en un colegio de esta capital, escapó del hogar paterno en compañía de un caballero de 13 años. Estas criaturas se amaban desde que dejaron el biberón y resolvieron apelar á la fuga, tranquila y dulcemente, porque los padres de la *chacalina* se oponían á su matrimonio.

Los gobiernos

con su sistema de favoritismo
desmoralizan el país
y el trabajo en los puestos
públicos

Continuación.

Ya la opinión pública había fallado acerca de los instintos lascivos de cierto empleado cuando, de repente, y sin otra recomendación que la que el público conoce, aparece como por encanto nombrado oficialmente, como para demostrar que esos hechos que la moral condena son la carta de recomendación que en la actualidad se necesita para ser digno de la confianza del Gobierno y acreedor á los mejores puestos.

Este proceder, altamente desmoralizador, también sería perdonable si se diera siquiera trabajo al obrero pero desgraciadamente para el pueblo honrado no hay ni pan ni trabajo porque existe el monstruo hijo del Erebro y de la Noche, hermano de las Parcas y las Furias, encargado por Atrapos de cortar el hilo de la vida á los mortales.

Continuará

Carpintería y Ebanistería DE José Flores Castro

Cuesta de Moras, N° 448

En este taller se atienden órdenes en todo lo concerniente al ramo.

El propietario está dispuesto á satisfacer al gusto más refinado como al más sencillo.

—PRECIOS BAJÍSIMOS—

Imp. "El Pueblo"